

inmensa que convive con la materia una, increada, imperecedera é infinita, produce la vida; que de la vida surge la acción consciente dirigida á un objetivo práctico, conocido y deseado, y que únicamente se logra lo que se quiere, si para lograrlo se emplean los medios y recursos disponibles y necesarios, haciéndonos creer por el contrario que Dios hizo el mundo de la nada ó que la sociedad humana se corrige por la acción directiva del Progreso.

Por efecto de esa misma pasividad, producto natural del contubernio del privilegio con la miseria, se ha considerado como riqueza, no el conjunto de la producción, que es lo directamente útil, necesario y provechoso, sino el dinero, el signo de cambio, recurso representativo inventado para la distribución racionalmente equitativa de esa misma producción entre los humanos, considerados todos como copartícipes por ser productores, sea de hecho por hallarse en la plenitud de sus facultades, sea como aspirantes en la infancia, ó jubilados en la vejez. Y así tenemos que una idea feliz que había de prestar el inmenso y transcendentalísimo servicio de facilitar las transacciones y abrir amplia y libre vía á todas las energías individuales, reuniéndolas sucesivamente en grandiosos beneficios colectivos, se convirtió en vil recurso de tráfico, de negocio de agio, de explotación, de usura, de monopolio, facilitando al rico la vida por despojarle del cuidado consiguiente á la posesión patriarcal de grandes rebaños y latifundios, ó creando la renta, que permite la existencia de archimillonarios y de esos trusts absorbentes y monstruosos que devoran energías y vidas con escarnio de la moral, de la filosofía, de la ciencia, de la economía y hasta de la revolución, puesto que en provecho propio legislaron los privilegiados revolucionarios para domesticarla á su antojo y á su conveniencia, mientras quedaba el trabajador sujeto al salario, á la accepción, á la servidumbre moral y materialmente atrofiado y por añadidura burlado con el establecimiento de la

democracia, y sobre todo insultado con la acusación de culpable por inconsciente y abúlico en el atraso é injusticia de la actual civilización.

Y ese dinero, que de nada sirvió á Robinsón en la isla desierta y que no debió perder nunca el carácter de signo de cambio, algo semejante al cartón ó á la chapa metálica con el número acreditativo de propiedad de una prenda en un guardarropa, se halla en poder de los improductivos ó de hábiles chalanes, forjadores de negocios ó de empresas lucrativas, y, metido hasta el fondo en la preocupación proletaria, aparece envuelto en las aspiraciones emancipadoras de los trabajadores, produciendo obstáculos y obrando á manera de impertinente rémora. Así vemos al reformismo, falseando el concepto racional de la economía, recurrir al ahorro, que escatima céntimos del mezquino é insuficiente jornal, para el mutualismo en la enfermedad, ó la jubilación en la vejez, ó el crédito en la crisis de trabajo; á la cooperación, para exceptuarse en parte de la explotación mercantil, para realizar una ganancia y hasta para obtener recursos que destinar á la propaganda; y á la misma resistencia, estableciendo la huelga sobre la cuota destinada al subsidio al huelguista.

Tan atávicamente arraigada está la idea del dinero y de la ganancia entre los trabajadores que de ella son víctimas, que en general no se concibe organización emancipadora sin la cuota, poniendo el dinero sobre la esencia del derecho, no admitiendo en ella al trabajador insolvente y arrojando de ella al que no puede pagar. De modo que aun hay socialistas para quienes el dinero, que es nuestro tirano, ha de ser nuestro salvador.

Sobre la base de tan grave error, de tan atávico error, se ha creado un nuevo mito, la *Caja de Resistencia*, santa protectora del obrero, reverenciada como proveedora de recursos para luchar y como garantizadora del triunfo, que promete á todo cotizante, en caso de huelga reglamentaria, el derecho al subsidio de huelguista.